

mejor sus bellísimas cualidades de modestia, sencillez, bondad, corazón sensible y carácter dulce y afectuoso, que distinguen á la mujer mejicana en lo moral, como los grandes y expresivos ojos, la cara pequeña, la nariz ligeramente remangada, los dientes menudos y blanquísimos, el pelo abundante, la estatura menuda y el talle deliciosamente formado, son sus distintivos en la parte física.

ALBURES

En España hay los equívocos, en Francia los *calembourgs*. . . . y en Méjico los *albures*. Yo ni me quejo ni me complazco de que tales cosas existan, por más que se verían ustedes perplejos y confusos si les preguntase para qué sirven tales combinaciones de palabras. Y es que indudablemente somos malos todos los individuos que vivimos en el mundo; somos malos, créanme ustedes, y nos complacemos en burlar las leyes de la moralidad, de la corrección, de las buenas formas, con esos equívocos, por medio de los cuales se pueden decir toda clase de groserías y verduras sin que se ofenda nadie, ni una muchacha de quince

años, y sin que deje de entenderlas nadie también, incluyendo á esa misma muchacha que acaso aparente no haber comprendido.

Tampoco he de meterme ahora á comparar entre los equívocos de España, los de Francia y los de Méjico. Libreme Dios de esas comparaciones. Casi siempre suelen resultar odiosas, según dicen, y tengo la seguridad de que por imparcial que quisiera ser yo, nunca dejaría á las tres partes contentas. De lo que son los *albures* no puede formarse idea quien no los conozca, y bien á fondo. Generalmente, el equívoco consiste en usar, con más ó menos oportunidad y gracia, palabras que por su doble significado puedan dar dos sentidos distintos á la oración. En Méjico sucede otra cosa. Además de usar el doble significado que ya hemos dicho, se valen de la artimaña de juntar sílabas de una palabra con sílabas de otra en la misma oración, para formar aquella ó aquellas que componen el albur. Esto es fácil de comprender, pero muy difícil de explicar. Yo les pondría á ustedes un ejemplo, pero ¡ay! todos los que existen son tan poco limpios!

El *albur* suele tener ingenio muchas veces, pero muchas más no tiene mas que porquería y ordinariez. Y si muchas cosas hay exageradas, en ninguna se puede ver tanta exageración y tanta libertad gramatical como en el albur. No se ciñe al equívoco

natural de dos palabras; lo busca en la semejanza de las sílabas, y cuando no en su parecido, parecido en el modo de escribir-las, en el sonido, en cualquier cosa. . . . El *albur* demanda un esfuerzo muy grande de imaginación en el que lo dice, porque consiste en una torsión increíble de la frase, de la palabra ó de la sílaba, hasta dislocarla completamente, apartándola de su significación y de su ortografía rectas; y demanda un esfuerzo mucho mayor en el que lo oye para comprenderlo, porque para dar con la relación arbitraria que existe entre lo que se dice y lo que se quiere decir, siendo tan complicada como es, se necesita Dios y ayuda. Es á veces una relación tan larga, tan fatigosa, tan distante, que pide para recorrerla toda la velocidad de un tren expreso.

Todo esto está muy bueno. Como cada cual es muy dueño de hablar en clave, y de usar una clave todo lo enrevesada que se le antoje, no me meto á censurar ni á alabar la costumbre en lo que se refiere á ese punto.

Pero señores, hay otra cosa con la que yo no puedo transigir, aunque ustedes, los espíritus fuertes y despreocupados, se rían de mis escrípulos. . . .

No tengo nada de asustadizo, de hipócrita, al menos no creo tener, aunque acaso venga luego quien me dé quince y raya en punto á amplitud de criterio, por lo cual me deja tamañito y confuso, pues en esta

vida á todo hay quien gane. Creo que cada cual debe escribir y describir lo que sienta, siempre que lo haga sincera y espontáneamente, sin reparar en los medios si no es malo el fin. . . . Y lo que respecto de la escritura creo, hágase extensivo al modo de hablar. . . . Y hasta soy algo amigo del chiste alegrito, cuando tiene ingenio, cuando en él hay arte, porque muchas veces sale profundamente cierta la frase del tristemente célebre Oscar Wilde, según la cual la estética es superior á la moral. . . .

Pero todo debe tener un límite, caballeros, pues de no ser así resultaría este mundo un inmenso manicomio. El *albur*, en primer lugar, muchas veces no tiene ingenio alguno, antes bien resulta una vaciedad completa, y en segundo, el *albur* no es verde, es mucho más que *verde* y que *colorado*, se sale ya de la gama de todos los colores. . . . Es repugnante en alto grado, es cínico, es asqueroso, tal como lo manejan los *pelados*, y aun algunos que no lo son ó no deben serlo. . . .

Toda la verdura, toda la intención pornográfica del mundo se puede soportar y hasta admitir, pues que admirables obras clásicas cristianas completamente las tienen en alto grado, con tal que se refieran á actos naturales. Al fin y al cabo, la naturaleza no puede ser pornográfica nunca. Ella no entiende nada de esas cosas; cumple su misión y nada más. Pero cuando el *albur*, el chiste ó lo que sea, se refiere á vicios ó

costumbres que pugnan y se oponen á los actos naturales, entonces ya da náuseas al más despreocupado y hasta al más corrompido. Y estos *albures*, la mayor parte caen precisamente bajo el dominio de este género. Por eso la gracia que puedan tener, que en ocasiones la tienen, queda como apagada y obscurecida por lo bajo y lo repugnante del asunto. . . .

LA MAMÁ

Notarán ustedes que estoy en extremo fino y melindroso. . . Podría decir la madre, que además de ser el nombre castizo y correcto, es también una de las palabras más hermosas, por su significado, de nuestra lengua. . . Pero no, no lo digo, porque si aquí dice uno *la madre* se escama el interlocutor en seguida, y por bien librado saldrá uno si no le dicen algo feo.

En todos lados la madre es lo más digno de respeto, lo más indiscutible é inviolable que se conoce. . . Los escritores festivos se han burlado de toda clase de afectos menos del maternal, de toda clase de personas menos de la madre. . . Los escépticos han renegado de todo en este mundo, y en el

que sigue á éste, pero han respetado la madre. . . Los poetas en sus ratos de desesperación y desilusiones han renegado también de todo lo habido y por haber, pero se han refugiado en el seno materno como la única fuente de consuelo puro y desinteresado, como el único afecto de que se puede esperar algo, como lo único altruista que nos queda sobre la tierra. . . . Espronceda, después de desesperarse en versos cortos, le cantó á su madre (á la de Espronceda), en versos largos. . . Lo que quiere decir que la madre ha sido reconocida como lo sólo bueno de que podemos disponer en este valle de lágrimas, como el sólo cariño sin mancha que puede unir á los mortales, como la abnegación, y hasta el sacrificio heroico, en aras del ser querido. . .

Una vez sentado esto, que nadie me podrá negar, ya parece que tengo toda clase de licencias para hablar de la madre con soltura, con franqueza, como quien está seguro, en fin, de no meter la pata. . . Pues no, señor; todo lo contrario. Según se miran aquí esas cosas, el citar la madre, así, en general, en letras de molde, puede ser causa hasta de un proceso seguido de oficio contra mí por ataques á la moral y á las buenas costumbres. Se necesita tratar ese asunto con pinzas, verdaderamente, y si tiene usted que citar á esa señora, decir *la mamá*, porque lo otro puede resultar altamente ofensivo. ¡Mire usted que es el

colmo del buen humor eso de convertir en una ofensa, ó en un *albur*, lo más hermoso y lo más sagrado que tenemos en el mundo! Y Dios le libre á usted de anteponer al nombre «madre» el posesivo «su,» porque eso ya es la ofensa directa y absoluta, de las que no admiten más contestación de momento que una bofetada. ¿Por qué?... Nosotros mismos no lo sabemos, pero es así. Les digo á ustedes que somos muy guasones. . . ¿No es la guasa llevada hasta la exageración el enfadarse porque le hablan á uno de su madre? Y no obstante, así es, y si no quiere uno quedar en el concepto de grosero tiene que decir «su mamá,» con lo cual quita usted toda ofensa posible, y si bien desnaturaliza y disfraza la palabra, en cambio le da cierta distinción, cierta finura. . . Y si dice «su mamá de usted,» miel sobre hojuelas, entonces resulta aún más correcto, porque no queda duda ninguna acerca de quién es la persona poseedora de esa mamá. . .

Todo esto, á primera vista, parece raro, extravagante, sin explicación ni fundamento. . . Pues tiene una y otro en dos razones. La primera, que aquí la ofensa que antes se nos viene á la imaginación para lanzársela á otro, la que corre de boca en boca, la ofensa clásica, digamos característica, la que aprende todo el mundo casi antes de aprender á hablar, la ofensa de uso general é inexceptuado, es la dirigida á la madre de uno. . . Y no una ofensa así como se

quiera, sino la mayor cantidad de ofensa posible, la esencia de la barbaridad. . . En cuanto uno riñe con otro, ó recibe de él una mala acción, ó, en fin, se enfadan por cualquier cosa, ya tienen ustedes saliendo á relucir las madres respectivas. En vano es que ustedes piensen que nada tiene que hacer esa señora en la contienda, para que venga á pagar las culpas de sus hijos. . .

Porque es la consideración que yo me he hecho muchas veces. Figúrese usted, lector, que yo voy y le hago á usted una cochinateda, una mala acción, en fin, y que usted se enoja conmigo, para lo cual está usted en pleno derecho. Lo natural es que me ponga usted verde á fuerza de insultos. Y yo, que no soy apasionado, pienso que está usted cargado de razón, aunque probablemente le devuelva las injurias porque del ejemplo de Jesucristo se nos ha pegado muy poco á los hombres. Me llama usted sinvergüenza, canalla, bribón, y muchas otras cosas más. . . Muy bien llamadas. Si yo lo merecía. . . Pero la señora que me dió el ser, ¿por qué ha de terciar en esta cuestión sin comerlo ni beberlo? Yo podré tener todas las cualidades que usted quiera, y todas malas, pero ella, ¿ella, por que ha de tener culpa, si ni siquiera está enterada de estos asuntos entre usted y yo? Es una solidaridad que irrita. . . Como si no hubiera pasado la infeliz bastantes trabajos durante mi niñez, y ¡ay! durante mi juventud conmigo, todavía quieren que los siga

pasando, ahora que, afortunadamente para ella, ando solo por el mundo, y que siga expiando mis faltas. . . Hombre, no, la cuestión que usted tiene es solo conmigo, ¿no es eso? ¿Pues por qué vamos á complicar más gente y á traer á colación nuestras respectivas familias, que están las pobres muy lejos de suponer que en este momento usted y yo estamos á punto de hacernos daño en algún órgano importante?

Y vaya, todavía, si es que lo consideran de mucha, de indispensable necesidad, para dar más fuerza á la expresión, llego á concebir que nos nombremos algún miembro de la familia, pero ¿por qué ha de ser la madre precisamente? ¿No le es á usted igual, querido lector, que saquemos á relucir de las primas, por ejemplo? Con ella dábamos desahogo al enfado de la misma manera, rendíamos tributo á la costumbre *familiar* y dejábamos en paz y tranquila á la pobre madre. Propongo desde luego la innovación. Al cabo, una prima no tiene tanta fuerza, y aunque nos la nombren con cierta continuidad, ya no nos llama la atención. ¿Se acepta? Yo creo que es una transacción verdaderamente honrosa.

Pues si esto pasa con usted y conmigo, lector, que somos personas decentes, ó siquiera lo parecemos, porque llevamos cuello alto y otras coqueterías en el traje, no quiero decirle á usted nada de lo que sucede con los pelados. . . .

Para ellos el hablarse de *la madre*, es cosa tan frecuente y natural como beberse un vaso de pulque. Todo en este mundo tiene su cuenta y razón, y esta abundancia de mutuas alusiones familiares yo creo que está basada en un hecho, no menos natural y frecuente. La mayoría de los *pelados* son hijos de padres poco. . . . conocidos, según rezan las partidas de registro civil. . . . cuando los *pelados* se inscriban en él. Así es que, por esa parte, tan apreciables ciudadanos, viven completamente tranquilos. Que les hablen de esa señora. . . . A ellos ¡¡plin! ¡¡No la conocen!!

Pero aun así y todo, es ya una frecuencia abusiva. . . .

La madre sale á relucir entre ellos por cualquier cosa, por el motivo más pequeño é insignificante, por la menor discordancia de pareceres. . . . en ocasiones por pura broma. ¡Hay bromas muy pesadas! El hablarle á otro de la madre es el broche de oro con que dos *pelados* cierran una discusión ó una disputa, es la última palabra, el argumento postrero cuando ya no hay otro, es la contestación ya final, después que se han estado diciendo durante una hora todo género de barbaridades, pero barbaridades como el que no las haya oído, no pueden suponerlas; barbaridades que no respetan nada, que de puro libres repugnan á los oídos menos escrupulosos. Y cuando después de

nombrada *la mamá*, aun no surte el efecto apetecido, como cosa más sagrada para uno que la madre se supone que ya no puede haber, no se contenta el *pelado* con una sola y nombra varias, como si un hombre pudiera tener más de una, y cita veinte ó treinta más, y el contrincante llega á una cifra más alta y el otro añade una, y el primero sube la cantidad y añade otra el otro, y así se pasan todo el día, si á mano viene, sumando miles y miles, hasta llegar á un número fabuloso. ¡Un ejército de madres! Si yo no sé para que quieren tantas. . . .

Y después de todo eso lo natural sería que se rompiesen la crisma. . . . Pues no señor. De hacerlo así, cada día habría en la ciudad mil muertes. . . . Después que han apurado todas las madres posibles, se quedan tan tranquilos. . . . y hasta otra. Estas alusiones de familia las miran ellos con la misma naturalidad que el darse la mano.

He explicado ya con esto ó he querido explicar, una de las razones por las cuales dadas nuestras costumbres, no podemos hablar de la que nos ha dado el ser, sino con mucho tiento, y adornando la palabra con rodeos y paráfrasis. La segunda razón es una consecuencia de la primera. Somos exageradamente maliciosos, esa es una de las manifestaciones más peculiares del carácter nuestro, y como esa frecuencia con que se habla de la madre, para nada bue-

no contribuye á acrecer tal malicia y á justificarla, resulta que en cuanto la conversación recae sobre esa señora, ya está todo el mundo con el oído atento, por si acaso. . . . Y así está uno la mar de cohibido para expresarse. . . .

Conque vuelvo á lo dicho, propongo las primas para sustituir á *la mamá*. ¿Qué les importa á ustedes uno ú otro miembro de la familia, con tal que sea del sexo que se requiere?

Y así dejaríamos descansar á la pobre madre, porque, ¡cuidado que se hace de ella un uso inmoderado y escandaloso!

LA COMPLICIDAD

DE LOS SANTOS

Crean ustedes que el abusar, aun de Dios, no es conveniente. Excuso decir qué sucederá con los santos, quienes, al fin, seres menos perfectos, no tienen la misma paciencia que Dios y más de una vez habrán de enfadarse con los mortales que les traen y les llevan para todo y aun les complican en sus locuras y necedades. Yo he

visto poca gente tan fanática como el *pelado* de México, en general.

Los conquistadores españoles venían con la cruz y con la espada, peleando y convirtiendo. Su labor consistía en subyugar un pueblo para construir allá una iglesia, y no sé cuál de las dos ideas, si la de posesión ó la de religión, era la principal, y cuál la secundaria, tan revueltas y de tan parecida intensidad aparecían en el ánimo de aquellos guerreros.

Una vez hecha la conquista se cuidó España de mandar tantos sacerdotes casi como colonizadores, que antes de dar las ventajas materiales de la civilización al indio le hacían estudiar el catecismo, pues así era el carácter de aquellos tiempos, donde andaban los hombres por la tierra con los ojos completamente fijos en el cielo. Y para acabar el cuadro, los primeros colonizadores que vinieron eran de la parte meridional de España, donde es la gente más fanática y supersticiosa.

Ellos inculcaron al indio sus creencias, y ya se sabe que nadie más dispuesto para exagerar las que recibe que la gente ignorante. Después los curas no han hecho nada por quitar tales exageraciones, sino antes bien, las han mantenido vivas, puesto que en ello estribaba su dominio sobre el indio y así se le explota mucho mejor. El indio, por su parte, se encuentra tan á gusto con ese conjunto de supersticiones religiosas estúpidas, que no quiere de ma-

nera alguna desposeerse de él, porque el día que no tuviese tales creencias no sabría qué hacer de la vida, fuera del cumplimiento de las exigencias materiales. Las razas como esta, de cerebro raquítico y escasas luces, necesitan del fanatismo como un freno, el único que puede impedirles cometer una porción de barbaridades. Y esto lo sabe el clero y lo aprovecha, al tiempo que atiende también al provecho propio. Porque, yo no sé si eso de las predestinaciones será una verdad; pero lo que es el indio ha nacido para ser explotado continuamente, á semejanza de ciertas hembras que necesitan un hombre que las trate mal y las arrime un puñetazo con cierta frecuencia para quererle mucho y ser felices.

El modo de entender la religión de los indios es sumamente curioso. Como gentes al fin de pocos alcances, solo pueden representársela en cuanto hiere sus sentidos, y para ellos el culto externo lo es todo; las imágenes no son tales sino verdaderas y auténticas encarnaciones de santos y vírgenes. Está muy distante el cielo, donde esos bienaventurados moran, para que el indio pueda hacerse el menor cargo de él, siquiera sea dejando volar su exigua y pesada imaginación.

El indio es religioso en extremo. Apenas tiene para comer, pero no le falta para ganar su tributo á los santos y á los curas. En sus exiguas habitaciones, donde duermen y comen y cocinan todos en montón,

hay carencia de muebles y escasez de alimento, pero nunca deja de verse una estampa, una figura en barro, en madera, aunque sea de pura tosca y mal tallada, casi geroglífica, representando un santo ó santa, una virgen, y á su alrededor flores ó adornos, lo más bonito y de mayor precio que haya en la casa, y su cacharro con aceite en el que arde la mariposa. Nunca se apaga, que el dejarla apagar sería atraerse toda la cólera del santo, caer en pecado mortal, ser irremisible candidato para el infierno y echarse sobre sí, la reprimenda del sacerdote, que puede más y hace más huella en el ánimo del indio que todos los códigos juntos y todas las penas corporales que esos códigos señalan para el delincuente. Si no se halla á mano una estampa á propósito se coge de un periódico ilustrado, de un libro, y, en último caso, se pone la de un semanario de monos ó el último figurín de una revista de modas. . . . La cuestión es tener allí una figura, que después la fantasía la adornará con las cualidades que convengan á sus facultades y á su nombre.

Indios é indias podrán ser lo que ustedes quieran y podrán ir todo lo desarrapados que ustedes se figuren, y pueden figurarse lo más, pero no les falta el rosario al cuello, con su medallita, que algún cura le regaló por estar bendecida y ser muy milagrosa. Hay santos y medallas para todas las enfermedades, según el sitio en que se

apliquen del cuerpo, y algunos indios van cargados de ellas. Al toque de oración de las campanas, todo indio que pase por la calle y lo oiga se descubre la cabeza inmediatamente.

En realidad, el indio tiene muy pocas afecciones arraigadas, el *pelado*, se entiende, el indio de la Capital, porque en el interior, donde la raza no ha degenerado tanto, conserva costumbres más racionales. El *pelado* apenas da á la parte afectiva de su ser, gran importancia.

Después de todo, el indio es feliz. . . . Vive en continua correspondencia con los santos, cosa que no podemos hacer la mayoría de los mortales. . . . Unas veces por mediación del cura, que sirve gustoso de intérprete y correo, otras por medio de la estampa referida del periódico de modas, la cual es á la vez consultora y confidente de todas sus acciones. Si al indio le adorna la cabeza su mujer, lo cual no tiene nada de extraño, y á él no le da por matar á ella ó al culpable, cosa muy fácil en cuanto haya tomado unas cuantas medidas de pulque, los santos de la iglesia, la estampa del traje de baile ó la primera imagen que tenga á mano, son los encargados de recibir la queja. . . . ó la reconvencción, porque si el hombre ha cumplido con la iglesia, se ha dejado sacar los centavos por el cura y ha tenido constantemente encendida la lamparilla de aceite, no comprende que el santo pueda ser tan

informal y piensa para sus adentros que eso ya es gana de fastidiarle á uno . . .

Si hay que combinar algún robo difícil, en el que quizá *intervengan* como mero accidente, nada más algunas cuchilladas. . . . Pues se consulta también el proyecto con los santos, no la vayamos á enuciar á última hora por falta de previsión, y se les ofrece cualquier chuchería si sale bien el negocio. . . . Todos los *pelados* que hay expiando crímenes en la cárcel, llevan una porción de cruces y emblemas religiosos en el pecho.

La blasfemia es cosa desconocida entre esta gente.

Por supuesto, que para el indio santos y santas tienen una actividad asombrosa para hacer milagros. No dejan pasar un día sin hacer uno ó dos. Ora es un indio que iba por un camino difícil, montado en su caballo y con algunos vasos de pulque dentro del cuerpo, y tropezó el caballo junto á un precipicio, y si no es porque la Virgen de Guadalupe le echa una mano al jinete, éste rueda hasta el fondo; ora es que un día salieron desafiados de la pulquería titulada «Recuerdos del Porvenir,» el que habla y un compadre suyo, porque él había dicho que el que habla no era hombre para coger una mona de las buenas, y que se «fajaron» á cuchilladas, y el que habla le dió un *piquete* y al compadre le tiró una á la cara, que si no es porque intervino San Expedito y desvió la

mano, no vuelve á contar la riña; ora, en fin, cualquier otro favor especial de los que el pobre indio, tan desamparado en la tierra hasta por sus paisanos, pero tan bien quisto en el cielo, recibe todos los días. «Estos milagros se perpetúan en pinturas que los mismos indios hacen, y ya pueden ustedes figurarse cómo saldrán, debajo de los cuales se pueden leer inscripciones de este jaez:

«Es tendo jua Quin garzia en sumilpa bino un coyote que no mas miraba mi mulita y como ce se la geria comer, y que llo boi y ago la señal dela crus y que se juyó lugoluego. . . . estopa so serca del serro onde le dicen las lomas. adorenle adios amigos.»

juaquin garcia.»

Y ahora se explicarán ustedes todo lo que tienen que hacer estos santos con los *peladitos*. ¡Están complicados sin querer hasta en sus robos!